



Nuestro compromiso puede mejorar el mundo: Fomentar la necesidad de Dios y la Tolerancia Religiosa II

Queridas hermanas,

Al tomar nuevamente el tema de la *Increencia* y la *Intolerancia religiosa* este mes, me surgen algunas preguntas con las que quiero desarrollar esta reflexión.

La primera tiene que ver con una tentación que tenemos, a veces, en nuestro quehacer pastoral, y que nos lleva a quedarnos conformadas con quienes llegaron a los encuentros que programamos porque se supieron invitados. Personas que muchas veces conocemos, cristianos que con frecuencia participan de las actividades de la Iglesia y que ya pertenecen a la comunidad cristiana. Ante esto, el Papa Francisco tiene una interpelación especial cuando habla de una Iglesia *en salida*. Una Iglesia que no se contente con quienes ya han sido evangelizados y que deben sumarse a la tarea misionera y a la misión de los discípulos. Una Iglesia que no espere a los que llegan, sino que salga a buscar a los que no llegaron. Que vaya a los lugares donde están las personas que no se sienten motivadas por Jesucristo, o que no lo conocen. La Iglesia es misionera o no es la Iglesia de Jesucristo, ha repetido el Papa tantas veces.

La pregunta que debemos hacernos nosotras, para responder con fidelidad a la prioridad pastoral del Plan Apostólico de Congregación, es si nuestro espíritu misionero está siendo alimentado permanentemente; si el celo apostólico está vivo en cada Territorio, en cada comunidad y en cada hermana; si nuestro corazón vibra con la misión que tenemos en esta edad y situación, en este servicio y apostolado, en este momento y en esta realidad. El Papa Francisco es claro al decir que una Iglesia en salida exige una conversión misionera constante... Y cada una debe cuidar esta actitud misionera

en su propia vida, mantener encendida la llama de la evangelización en todo tiempo y lugar, o como le dice San Pablo a Timoteo, “con ocasión y sin ella” (2 Tim 4,2).

Otra pregunta que me viene, es cómo nos preparamos para el diálogo. Una frase del teólogo Hans Küng puede servirnos para fortalecer nuestra certeza en la importancia del diálogo interreligioso. “*No habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones. No habrá paz entre las religiones sin diálogo entre las religiones*”. Si tanto la increencia como la intolerancia religiosa nos desafían, debemos estar preparadas para dialogar con personas de distintas tradiciones espirituales, y con quienes no abrazan ninguna. El Papa Francisco, en continuidad con el Concilio Vaticano II, no deja de insistir en ello: en un mundo plural como el nuestro, “la Iglesia es servidora del diálogo”, ha dicho.

El diálogo del que hablamos es un desafío relativamente nuevo en la Iglesia y que requiere una formación adecuada. Ni la ambigüedad en las propias convicciones, ni el ocultamiento de nuestra identidad, ni los intentos conciliadores que pueden llevar a ciertos sincretismos desleídos, ayudan a un diálogo verdadero. Todos, creyentes y no creyentes buscamos siempre la verdad. El diálogo auténtico, respetuoso y humilde, nos enriquece, porque nos hace crecer en una mejor comprensión de la Palabra y de la verdad revelada.

La Formación Inicial y la Formación Permanente tendrán que ayudarnos en este tiempo a prepararnos para diálogos fecundos, diálogos misioneros, diálogos constructores de paz y comunión.